



MORDAZ ROMERO

EMILIO Romero, periodista de alta cresta, ha escrito un libro —«Prólogo para un Rey», editado por Planeta—, en el que relata, en lenguaje vivo y sabroso, pasajes, inéditos en su mayoría, protagonizados por esa «fauna política» —como se ha dado en llamarla— a la que muchos españoles no prestaron atención. Nombres y hombres como Pío Cabanillas, Fraga Iribarne, Fernández de la Mora, Arias Navarro, Torcuato Fernández-Miranda y Adolfo Suárez aparecen ahí retratados, calificados o simplemente descritos con un estilo al que vendría bien el adjetivo «descocado».

Por cierto, que en estos días el presidente del Gobierno recibió a Emilio Romero Gómez, consejero nacional, en su despacho de Castellana, 3, seguramente para limar asperezas entre ambos, suscitadas tras el cese de Emilio Romero como delegado nacional de Prensa del Movimiento. «Pero no —ha dicho E. R. a ByN—. Al presidente no le importa que le siga mortificando con mi posición crítica. Más bien hablamos de política, del momento histórico. Que más que un cambio de situación se trata de cambio de Estado. Y para esa tarea, le dije al señor Suárez, cuenta usted con un Gobierno muy débil.»

Pero a lo que vamos, a lo que cuenta y dice Emilio Romero en este libro, del que entresacamos algunos párrafos y personajes.

CABANILLAS

El hombre de Fraga en el exilio interior

«Pero el Gabinete tenía otras dos personalidades de cuidado, como diría Romanones, especialmente dotados para el "sotto voce" y la circunvalación: Pío Cabanillas y Antonio Carro. El primero había sido hasta ahora el hombre de Fraga en el exilio interior del político de Lugo, embajador en Londres del Gobierno Carrero; estaba agazapado con astucia en las Cortes Españolas, en el Consejo del Reino y en la Tabacalera. Ahora saltaba, desde el Consejo del Reino, al Poder sobre la Información. Se pegó al presidente como una ostra del Grove. Fue el autor de la Ley de Prensa de 1966, que tan intensamente y sinceramente ayudamos a sacar adelante en las Cortes Torcuato Luca de Tena y yo. Antonio Carro era profesor de Derecho Político, y el presidente lo pondría a su lado, en el Ministerio de la Presidencia como un "neo-Laureano". Gallego también. Ocupó la misma antesala presidencial de López Rodó. El



presidente del Gobierno me dijo en su casa del Plantío, en "La Chiripa", tres días antes de constituir el Gobierno, que éste sería "fuerte". Efectivamente, hizo un Gobierno fuerte; después observé que era fuerte solamente de personalidades. Fue una selección relevante, pero podría ocurrirle lo que al fútbol español en Amberes, donde media docena de ellas harían virtuosismo y juego individual. El presidente los mandó a todos a la caseta antes de los dos años y realizó dos crisis parciales.»

CALVO SERER

Del más feroz integrismo intelectual a la Junta Democrática

«Cuando Fernando Herrero Tejedor era Ministro Secretario General del Movimiento, tras el cese de José Utrera, el Vicesecretario General Adolfo Suárez y yo acudimos a almorzar con Antonio García López y Dionisio Ridruejo, dirigentes de la Socialdemocracia, para invitar a esta organización de la oposición a que tomara parte en el proceso asociativo y pluralista del Régimen, ya que si su filosofía era socialista y democrática, no era marxista o liquidadora de la libertad; así lo habían declarado. El Régimen en esos instantes estaba dispuesto a tragar oposición en dosis iniciales prudentes hacia una expansión gradual. El parecido de la Socialdemocracia española venía a ser el de la Socialdemocracia alemana después de purgarse en el Congreso de Bag Godesberg. Dionisio Ridruejo nos dijo de entrada que el Régimen estaba muerto y con los muertos no se

pactaba. «Hacerlo ahora —dijo— sería hipotecarse fatalmente para el futuro.» Por todo esto se obligaba al Régimen a hacer una democracia intramuros. Algunas personalidades del propio sistema, que habían ostentado funciones eminentes en la historia del Régimen y en la Administración Pública, tampoco aceptaban el Estatuto del Derecho de Asociación. La familia Garrigues salía a la superficie política con ideología democrática «a la americana», y con una opción a tomar parte en los acontecimientos futuros. Pero la oposición extramuros fundaba dos pactos, uno de ellos de inspiración comunista en ese maridaje alucinante de Santiago Carrillo, dirigente máximo del P. C. y Rafael Calvo Serer, del Opus Dei y el más feroz integrista intelectual de los años 40 y 50. Se llamó la «Junta Democrática» y el «engrasador de los ejes» —como dice esa canción americana— era García-Trevijano. El otro pacto se llamaba «Plataforma de Convergencia Democrática».